

**Ígneo**

**Capítulo XII: Androl**

Los gritos era el nuevo canto de la ciudad. Ahora todo el mundo estallaba su voz contra el aire, daba igual si era esclavo o mercader, rico o pobre o si en su mano portaba una espada o simplemente un retazo de esperanza.

Todos luchaban por aquello en lo que creían, sin saber si tenían la más oportunidad de ganar, sin creer en nada más que su propia supervivencia. Los unos por su libertad, los otros por la estabilidad. Unos luchaban a lomos de caballos y otros sobre sus pies desnudos sobre la piedra de la ciudad. Pero sin importar su procedencia sabían que estaban en el momento de hacer historia. El foco del mundo estaba sobre ellos.

En las calles el temblor de la batalla alejaba a los pájaros, que buscaban refugio en las nubes, que, contaminadas con el humo y cenizas, su apacible velo se había convertido en unas tinieblas insondables. Los perros y gatos traban de esconderse en cualquier rincón mientras los niños temblaban debajo de las mesas, sin saber muy bien que estaba sucediendo, pero aun así contagiados por el clima ardiente que se respiraba.

Lo que había comenzado siendo una batalla se había convertido en una masacre. O tal vez siempre hubieras sido así.

Los esclavos habían avanzado mucho, sobre todo en su grueso central, pero cuando los cuernos del Gremio hicieron escuchar hasta las milenarias piedras de las murallas, parece que la misma tierra se abrió dispuesta a cambiar el rumbo de la batalla.

Aem continuaba mirando extrañado a todos los alrededores cuando la llamada de los cuernos cesó. Al instante notó que algo no iba tal y como estaba planeado. Mientras los amigos y enemigos miraban confundidos hacia todos lados, algo le dijo que debía de fijarse en la retaguardia de su propio ejército. Y vio a los miembros del Gremio avanzar en sus caballos, rápidamente, como estrellas fugaces, sin detenerse a pensar en su avance, aplastando bajo sus cascos los cuerpos de los desprevenidos esclavos.

Sintió la traición al instante y comenzó a gritar órdenes a todos lados, a tratar de reorganizar a sus pobres soldados en alguna especie de defensa contra aquellos jinetes que avanzaban sin oposición.

Sin embargo, los esclavos no llevaban siglos criándose entre golpes y vejaciones como para no saber responder cuando la situación no era precisamente la esperada. Rápidamente, como movidos por alguna especie de mente colectiva, que los fue organizando a todos como si fueran curiosas piezas de ajedrez consiguieron formar un círculo en el centro de la plaza del Mar. A su alrededor, los mercenarios del Puerto y los soldados del Gremio los tenían rodeados, completaste a su disposición. Pero de todos modos no iba a ser tan sencillo de derrotar.

Los esclavos habían conseguido su libertad y estarían dispuestos a dar la vida para mantenerla.

El grito de los esclavos pareció uno solo. Un único clamor salido de miles de almas, que recordaba todo el dolor que habían sufrido durante años, el de sus antepasados y el de todo aquel que había tenido que sobrevivir sin ningún tipo de derecho. Gritaron por los latigazos, las muertes y las violaciones, por las heridas y las fracturas en los huesos, por el sudor y sangre que habían derramado para construir aquella ciudad que luego les habían arrebatado para disfrutar otros. Durante años a la sombra, reclusos en su prisión,

solamente capaces de ser propiedad de otro, como la misma ciudad. Ahora que habían conseguido su dignidad, solamente de sus cadáveres podrían volver a recuperarla.

Y se lanzaron al ataque todos a la vez.

Aem apenas era capaz de darse cuenta a cuantos enemigos estaba matando. Simplemente levantaba el brazo y dejaba caer su espada, daba igual quien estuviera delante suyo, si era joven o viejo, si en sus ojos se adivinaba la inocencia o por el contrario estaban llenos de dolor. Para todo ellos tenía el mismo destino. Y no iba a mostrar la más mínima clemencia. Se convirtió por un momento en un dios de la sangre, pendiente únicamente de su sacrificio, con los músculos cada vez más empapados y pegajoso, con los nudillos en carne viva de los golpes, con su armadura dorada cada vez más carmesí.

Luchaba sin pensar en ello, gritando con la furia de mil hombres, recordando toda su vida y simplemente dejando que el odio se adueñara de él. Junto al joven miles de esclavos parecían estar poseídos por el mismo frenesí. Daba igual la muerte, solamente la venganza era posible. Los mercenarios, asustados, vieron como poco a poco la marea de gente se iba levantando, avanzando y recuperando el terreno. Sus sonrisas se congelaron en los rostros mientras asían las empuñaduras de sus armas. Sus gestos se volvieron de nuevo serios y profundos, no habían ganado la batalla. Aquellos esclavos habían perdido toda su vida, no iban a rendirse ahora.

No muy lejos de allí, en la retaguardia del ejército, en la periferia de las tropas esclavas, el golpe del Gremio había sido mucho más duro. Los esclavos les habían confiado ciegamente la protección de su lado más vulnerable, por lo que, ante la traición, su avance era imparable. Los generales estaban confusos sin saber que estaba sucediendo y las muertes ascendían sin ningún tipo de control.

Ender miraba desesperado a todos lados, tratando de dar órdenes ante los caóticos soldados que trataban de alejarse de los ataques. La marea humana pronto le arrastró, tirando a su paso tiendas de campaña, catapultas y defensas de madera. Huyendo hacia el Puerto, resultaba de lo más irónico.

El gladiador gritaba de un lado a otro, y los pocos que le hacían caso poco abarcaban para detener a un ejército descontrolado. Los soldados del Gremio se ensañaban según iban avanzando, destrozando los cuerpos, golpeando sin piedad y asesinando por la espalda. La retaguardia, constituida por los más viejos o los más jóvenes, apenas parecía poder contener a aquellos soldados que parecían no parar de surgir de cualquier lado.

- ¡Mantened la calma! – gritaba en vano el gladiador a la marea de gente. -  
¡Posiciones de contraataque!
- Es inútil -dijo Gatiana con voz firme. – Están desesperados. No van a obedecer.

El gladiador dejó caer los hombros mientras rápidamente se reunía con lo que quedaba del gabinete de control. Gatiana parecía la más integra de todos, la mano derecha de Ortren había asumido calmadamente su función, pensando de forma fría y detallada los detalles, en una esquina, a penas protegido del avance de la marea de gente, estaba Ynu, sujetando su herida en el abdomen que los médicos apenas habían conseguido controlar. Lo más alejado posible de todos ellos estaba Emrot, el Alquimista Supremo cuya palidez aumentaba por momentos, ahora mismo su piel simplemente parecía un pergamino viejo

y mohoso, su mirada estaba fija, sin apenas moverse, sin saber reaccionar a toda aquella situación.

- ¡Noticias desde la ofensiva norte! – gritó una voz entre la muchedumbre.

Ender no tardó en localizarla, era uno de los mensajeros destinados a mantener la comunicación entre los distintos puntos del ejército. Muchos de ellos eran antiguos esclavos que se habían encargado del mantenimiento de las catacumbas de la ciudad, por lo que eran capaces de viajar rápidamente de un lado a otro.

- ¿Qué está sucediendo al norte? – preguntó impaciente Ender.
- Están perdiendo – dijo el mensajero mientras trataba de recuperar un poco de aire. – El ataque sorpresa les ha pillado desprevenidos y ahora son un descontrol que se ve arrollado por los mercaderes. Incluso se rumorea que Numbia ha muerto luchando contra el Gremio.
- ¡Joder! -gritó Ender, parecía que estaba todo volviéndose en su contra.

Ni siquiera tenían noticias de la ofensiva este, pero tampoco lo esperaban, era la parte del ejército con más miembros del Gremio, por lo que no tenía muchas esperanzas de su supervivencia. Además, todo aquello de que habían avanzado tan rápidamente parecía simplemente que habían caído en una trampa. “Hemos caído” se dijo Ender.

“¿Cómo es posible que no nos hayamos dado cuenta antes de la traición del Gremio?” Ender había confiado ciegamente en ellos, tal vez movido por la piedad, había visto reflejado en sus rostros la propia pobreza de los esclavos, pero había comprobado que lo había confundido con la codicia. Siempre codicia. Siempre estaba en cualquier rincón, lista para abalanzarse y absorber hasta el tuétano del pobre desprevenido que se atreviera a pasar a su lado. Incluso la propia esclavitud surgió directamente de ella.

“Debía haberlos matado a todos cuando tuve la oportunidad” se arrepentía el gladiador. Se imaginaba ahora mismo al Consejo de Mercaderes reunido con el Maestre del Gremio, riéndose a carcajadas mientras saboreaban un vino desde una alta torre. Le hirvió la sangre. No podía acabar todo así, la historia les había dado una oportunidad y era hora de conseguir aprovecharla. Puso en funcionamiento todo su cuerpo, toda su mente, tratando de buscar una solución, aunque fuera la más mínima. Necesitaba que el ejército de los esclavos volviera a sus puestos, necesitaba que los miembros del Gremio que avanzaban desde la retaguardia fueran eliminados.

Entonces, como si un rayo de luz solar hubiese surcado un cielo lleno de grises nubes, una idea apareció en el limbo de su conciencia. Era una auténtica locura, una salvajada, un sacrificio demasiado grande, pero tal vez funcionaría, tal vez todavía tenían la oportunidad de sobrevivir.

Hizo un gesto hacia el Alquimista Supremo, que le miró sin comprender. El gladiador volvió a repetirlo, indicando que se acercara. Extrañado, el alquimista avanzó los pocos pasos que les separaban.

- ¿Qué sucede? – preguntó con voz temblorosa y vacía Emrot.
- ¿Tienes noticias de los alquimistas a lo largo del ejército?
- Todo está sucediendo de forma demasiado rápida, no sé ni lo que sucede aquí – miró hacia todos lados y continuó. – Pero teniendo en cuenta que no parecen oírse

ni explosiones ni fuegos no creo que estén muy bien. Además, entre tantas tropas mezcladas luchando no podemos usar nuestras armas.

Ender bajó el tono de su voz mientras se acercaba más al alquimista.

- Recuerdas el sistema que te mandé instalar por si perdíamos la batalla.
- ¿Los explosivos enterrados? Por supuesto – dijo extrañado Emrot. – Pero están diseñados para que fueran explotados en caso de que las tropas de los mercaderes llegaran hasta estas inmediaciones.
- Quiero que lo hagas ahora mismo -sentenció Ender. – Sé dónde están situadas, si lo hacemos rápido eliminaremos de golpe el frente enemigo del Gremio que nos presiona desde la retaguardia.
- ¡Estás loco?! – exclamó el alquimista. – Tiene una fuerza descomunal, morirían también soldados esclavos que estuvieran cerca de ellos. No podemos controlar que afecte solamente al Gremio.
- Estoy dispuesto a asumir los posibles daños colaterales
- ¿Daños colaterales? Cientos de muertos de nuestras propias filas -dijo completamente enervado el Alquimista Supremo. – Sería un ataque contra nosotros mismos.
- Sí, daños colaterales. Como tal vez la muerte de tu predecesor – dijo Ender con toda la dureza de su voz.

Emrot apenas tuvo tiempo de tragar saliva.

- ¿Cómo sabes eso?
- No es cuestión ahora de eso -continuó Ender, su tono de voz era muy distinto ahora del de las otras veces, era frío, suave, con un deje de amenaza en él. No parecía que pudiese llevar la contraria ante eso.
- Pero, tienes que tener en cuenta las muertes.
- Lo tengo en cuenta. Se sacrificarán por el bien común. Estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio por mantener la libertad de los esclavos. Somos un solo cuerpo, estamos dispuestos a sacrificarnos para salvar al resto.
- ¿Incluso tú te sacrificarías?
- Si así fuera necesario lo haría sin dudar para mantener a mis hermanos seguros – continuó el gladiador cuyo tono de voz no hacía más que ensombrecerse a cada segundo que pasaba. – Puedes dar la orden a tus alquimistas de que hayan explotar esas trampas o puedo encargarme yo personalmente de que lo hagas.

Emrot miró a su alrededor, hacia los tejados, donde algunos alquimistas estaban postrados a lo largo de toda la ciudad. Tal vez el gladiador tuviera razón, de todos modos, el mismo había envenenado a su amigo para hacerse con su puesto, todo ello por el bien común. Aquello no era más que repetir aquello.

Por una última vez.

El alquimista sacó un pequeño silbato plateado de su bolsillo y lo llevó hasta sus labios. Aquel invento había sido cosa de Andris y cuando llevó el objeto a su boca y pudo sentir el frío en sus labios supo que estaba decidido a hacer lo que sucedería a continuación.

La verdad es que era un sistema muy ingenioso, los explosivos ocultos en el suelo no eran más que frascos con un cristal muy frágil rodeados del mismo material que el silbato. Dentro de los frascos había un líquido altamente inflamable, que cuando estaba en contacto con el aire liberaba toda su energía de golpe, destrozando todo a su paso, era uno de los armamentos más poderosos que poseían. De hecho, el Emperador hasta había prohibido fabricarlo dentro de los muros de Androl.

Aquel metal del que estaba hecho el silbato y el armazón del frasco provenía de cometas y tenía la capacidad de reverberar a largas distancias. Es decir, en cuanto Emrot soplara por su silbato, el sonido que emitiría haría que el armazón de los frascos se moviera, rompiéndolos con ello y desatando al instante toda la fuerza del fuego sobre aquellos que tuvieran la poca fortuna de estar sobre sus brazos.

Además, no solamente vibrarían los frascos, sino también los silbatos metálicos que habían repartido a los alquimistas que vigilaban los tejados por toda la ciudad. Y estos al oír la señal comenzarían a tocar también los suyos propios.

Simplemente dejó que su aliento escapara de su cuerpo, como tantas otras veces había hecho antes, pero en esta ocasión el resultado no fue tan nimio como solía serlo. El sonido que emitió fue apenas perceptible, casi nadie pudo adivinar aquel suave pitido que se colaba entre los ropajes y calzados, adentrándose en la tierra, invisible, imperceptible.

Pero sus consecuencias sí que fueron apreciable por todos los habitantes de Androl.

La explosión fue tan fuerte que el suelo tembló, asustando. Apenas un silencio de un segundo de duración y los silbidos corrían de un lado a otro de la ciudad, como un canto de sirenas que se perseguía que danzaba de un lado a otro y cada uno de sus pasos de baile arrojaba cadáveres hacia el cielo, arrancaba brazos y piernas, quemaba cuerpos y rompía huesos. Los oídos abrumados por el sonido que hacía derrumbar edificios y tiraba a los soldados al suelo dejaron de responder.

Emrot estaba en el suelo, como tanto otros, hecho un ovillo, asustado como un pobre aprendiz que acababa de llegar a su taller. Se atrevió a abrir los ojos durante un momento, tratando de sobreponerse a su propia cobardía.

Y lo vio, recortado contra el cielo oscurecido, contra el miedo que parecía desprenderse de todos los miles de soldados del ejército.

Allí, de pie, con un gesto firme en el rostro, pero lleno de orgullo, Ender observaba como sus enemigos eran transformados en polvo ante sus ojos. No apartó la mirada en ningún momento de sus soldados, aquellos que habían tenido la desgracia de estar demasiado cerca de los enemigos y ahora pagaban las consecuencias de su valentía.

Parecía un líder. O tal vez un tirano. Un dios. O un demonio. El libertador de los esclavos.

Pero por fin los cantos del fuego y guerra se acallaron por un momento. El polvo se levantó, buscando un nuevo hogar entre los cielos. Y revelaron la profunda cicatriz que había quedado en el rostro de Androl. En torno al Puerto, con forma de media luna, una serie de explosiones habían desfigurado la ciudad, hasta tal punto que hasta dentro de varias generaciones no serían capaces de recuperarse.

Los cadáveres se extendían por miles, apenas quedaban de muchos de ellos un cabello para reconocer, de otros con más suerte un dedo o una mano, pero pocos podían conservar su rostro y menos aún más de medio cuerpo. Había muchos esclavos entre ellos, algunos mercenarios, pero sobre todo miembros del Gremio, que con sus caballos y armas parecían haberse volatilizado.

Parecía que había funcionado. Aunque el precio había sido demasiado elevado.

El silencio se extendía por las calles de todo Androl, sin que nadie se atreviera a perturbarlo. Excepto una única voz que se atrevió a desafiarlo.

- ¡Esclavos! -gritó Ender con toda la fuerza de sus pulmones. – Es hora de recuperar lo que nos pertenece. Ahora es nuestro momento, nunca habíamos estado tan cerca de la libertad. Muchos han muerto para que podamos conseguirlo. Muchos sacrificios para que podamos construir un nuevo mundo, donde todo el mundo sea igual y no exista la explotación hacia ningún ser humano. Donde no somos productos ni mano de trabajo, sino simplemente seres humanos.  
¡Esclavos! Ha llegado el último momento, en el que tenemos que pagar el precio de nuestra libertad. Y en esta ocasión, será en sangre.

Y los esclavos respondieron a la vez. Unieron sus corazones a la vez. Daba igual si habían escuchado las palabras del gladiador o si estaban demasiado lejos para haber podido hacerlo. No importaba si estaban en primera línea de batalla, combatiendo sin tregua en la plaza del Mar o estaban en la retaguardia o en el Centro, todos pudieron sentir lo mismo.

Que por una vez el pequeño se enfrentaba al grande. Y podía ganar.

El ejército de los esclavos se convirtió en un único cuerpo, en una únicamente que avanzó organizadamente sin que nadie pudiera contenerlo. Luchando sin tregua, sin detenerse un segundo, siendo una ola que arrasaba con todo aquello de lo que veía. A su paso no había fuertes que los retuvieran, ni murallas ni edificios. Los mercenarios morían sin poder contenerlos, asustados al ver la determinación en sus rostros y el profundo dolor de sus corazones. En el norte los fuertes cayeron y los barcos ardieron. En el este acribillaron a los mercenarios sin que tuvieran la más mínima oportunidad de rendirse.

Y el grueso del ejército llegó a la plaza del Mar, entrada del Puerto. Allí ayudaron a la vanguardia, comandada por Aem que rodeada luchaba con uñas y dientes contra los enemigos. Juntos apenas duraron un par de horas.

Cuando Ender y Aem se reencontraron, completamente cubierto de sudor, lágrimas y sangre simplemente se sonrieron el uno al otro. Aem con aquella sonrisa pícaro que le caracterizaba y guardaba únicamente para el gladiador, este con aquella que solamente era capaz de sacarle el joven.

Y juntos miraron hacia más allá. Hacia el fondo de la plaza. Donde las aguas del Puerto comenzaban a reflejar los destellos desde sus aguas cristalinas ajenas a cualquier batalla.

El avance de los esclavos por las callejuelas del Puerto fue lento y tedioso, pero poco a poco se fueron haciendo con el control de cada casa, de cada manzana, de cada mansión. Cuando entraban en ellas muchas veces lo único que podían encontrarse eran los

cadáveres de los mercaderes, que habían preferido suicidarse antes que caer en manos de los esclavos.

Así terminaron de conquistar el Puerto hasta llegar al Palacio Azul, aquel gigante grácil donde las torres se alzaban orgullosas, símbolo del poder del dinero. Allí encontraron al Consejo de Mercaderes, con el Maestre del Gremio entre ellos.

Ender ni siquiera les dirigió una mirada de desprecio, sino que simplemente ordenó que prendieran fuego al palacio mientras lo observaban.

- Debería matarte aquí mismo por lo que has hecho -dijo al Maestre del Gremio. – Traicionarnos de esta manera. Cuando pensaba que compartíamos los mismos ideales.
- El dinero es el único poder posible -contestó este. – Y si lo tienes puedes controlar todo, incluso lo que está más allá del alcance de tu mano.
- Te equivocas – dijo el gladiador. – El dinero es un tirano, pero por fortuna a veces el pueblo consigue derrotar a sus enemigos.  
Deberías morir aquí mismo, pero prefiero que sufras como el dolor que has provocado. Probablemente ordenaré que te entierren vivo después de una larga tortura.

Se llevaron entre gritos al Maestre mientras el gladiador dirigía su mirada hacia los mercaderes, que, humillados y golpeados, imploraban en el suelo por su vida. Uno de ellos parecía sollozar más fuerte que el resto.

- Por favor – imploraba entre las lágrimas de su rostro. – Este palacio es como parte de mí mismo. Por favor, apagad los fuegos, os recompensaré. Os daré riquezas, os daré mis barcos. Ayudaré a que construyáis un imperio de comercio.
- ¿Un nuevo imperio? – preguntó Aem, antes de contestar irónicamente. – No gracias.

Y ante la señal de Ender lo apuñaló en el rostro hasta que sus sollozos se convirtieron en un susurro pasado. El resto de los mercaderes no corrió mejor suerte, si no que los esclavos pronto atacaron con todas sus armas a sus cuerpos indefensos y temblorosos. Así había acabado el Consejo de Mercaderes, el poder que había rivalizado con el mismo Emperador ahora no eran más que unos cuerpos tirados en posiciones ridículas junto al palacio que había sido su orgullo y símbolo reduciéndose a polvo.

Ender miró a su alrededor, a los rostros de Aem, de los esclavos. Y supo que por fin lo habían logrado, por fin habían conseguido su libertad.

Una nueva era había llegado al mundo. Un tiempo nuevo para Androl.